

EL CUENTO
HISPANOAMERICANO
EN EL SIGLO XX
II

EDICIÓN DE
FERNANDO BURGOS

clásicos  *castalia*



CUENTOS DE HISPANOAMÉRICA
EN EL SIGLO XX
II



Instituto
Cervantes

COLECCIÓN FUNDADA POR
DON ANTONIO RODRÍGUEZ-MOÑO

DIRECTOR
DON ALONSO ZAMORA VICENTE

Colaboradores de los volúmenes publicados:

J. L. Abellán. F. Aguilar Piñal. José M.^a G. Allegra. A. Amorós. F. Anderson. R. Andioc. J. Arce. I. Arellano. J. A. Ascunce. E. Asensio. R. Asún. J. B. Avals-Arce. F. Ayala. G. Azam. P. L. Barcia. Á. J. Battistessa. G. Baudot. H. E. Bergman. A. Blecuá. J. M. Blecuá. L. Bonet. H. Bonneville. C. Bravo-Villasante. J. M. Cacho Blecuá. M. Camarero. M.^a J. Canellada. J. L. Canet. J. L. Cano. S. Carrasco. J. Caso González. E. Catena. B. Ciplijauskaitė. A. Comas. E. Correa Calderón. C. C. de Coster. J. O. Crosby. D. W. Cruickshank. C. Cuevas. B. Damiani. A. Delgado Gómez. A. B. Dellepiane. G. Demerson. A. Dérozier. J. M.^a Díez Borque. F. J. Díez de Revenga. R. Doménech. J. Dowling. A. Duque Amusco. M. Durán. P. Elia. I. Emiliozzi. H. Ettinghausen. A. R. Fernández. R. Ferreres. M. J. Flys. I.-R. Fonquerne. E. I. Fox. V. Gaos. S. García. C. García Barrón. L. García Lorenzo. M. García-Posada. D. T. Gies. G. Gómez-Ferrer Morant. A. A. Gómez Yebra. J. González-Muela. F. González Ollé. G. B. Gybbon-Monypenny. A. Hermenegildo. R. Jammes. E. Jareño. P. Jauralde. R. O. Jones. J. M.^a Jover Zamora. A. D. Kossoff. T. Labarta de Chaves. M.^a J. Lacarra. J. Lafforgue. C. R. Lee. I. Lerner. J. M. Lope Blanch. F. López Estrada. L. López-Grigera. L. de Luis. I. R. Macpherson. F. C. R. Maldonado. N. Marín. E. Marini-Palmieri. R. Marrast. J. M. Martínez Cachero. F. Martínez García. M. Mayoral. D. W. McPheeters. G. Mercadier. W. Mettmann. I. Michael. M. Mihura. M. T. Mir. C. Monedero. J. Montero Padilla. H. Montes. J. F. Montesinos. E. S. Morby. L. A. Murillo. R. Navarro Durán. A. Nogué. G. Orduna. B. Pallares. J. Paulino. J. Pérez. M. A. Pérez Priego. J.-L. Picoche. A. Piedra. J. H. R. Polt. A. Prieto. E. Pupo-Walker. A. Ramoneda. M. I. Resina Rodrigues. J.-P. Ressay. R. Reyes. J. V. Ricapito. F. Rico. C. Richmond. D. Ridruejo. E. L. Rivers. E. Rodríguez Tordera. J. Rodríguez-Luis. J. Rodríguez Puértolas. L. Romero. V. Roncero López. J. M. Rozas. J. M. Ruano de la Haza. E. Rubio Cremades. F. Ruiz Ramón. C. Ruiz Silva. P. E. Russell. G. Sabat de Rivers. C. Sabor de Cortazar. F. G. Salinero. J. Sanchis-Banús. R. P. Sebold. D. S. Severin. D. L. Shaw. S. Shepard. M. Smerdou Altolaguirre. G. Sobejano. N. Spadaccini. O. Steggink. G. Stiffoni. R. B. Tate. J. Testas. A. Tordera. J. C. de Torres. I. Uria Maqua. J. M.^a Valverde. D. Villanueva. S. B. Vranich. F. Weber de Kurlat. K. Whinnom. A. N. Zahareas. A. Zamora Vicente. A. F. Zubizarreta. I. de Zuleta.

CUENTOS
DE HISPANOAMÉRICA
EN EL SIGLO XX
TOMO II

*Edición,
introducción y notas
de*
FERNANDO BURGOS

clásicos  *castalia*

M a d r i d

Copyright © Editorial Castalia, S.A., 1997
Zurbano, 39 - 28010 Madrid - Tel. 319 58 57- Fax. 310 24 42

Cubierta de Víctor Sanz

Impresión: Publidisa

I.S.B.N.: 84-7039-760-5

I.S.B.N.: 84-7039-762-1 (Obra completa)

Depósito Legal: SE-409-2005 en España

CRÉDITOS

La reproducción de los cuentos incluidos en esta antología ha sido debidamente autorizada. Al pie de cada cuento se da el crédito correspondiente en el caso de las editoriales y/o representantes que así lo indicaron.

Agradecemos a los autores que autorizaron la inclusión de sus cuentos así como a quienes nos ayudaron en esta tarea, en especial a Carmen Naranjo, Angélica de Icaza, Eduardo Castro Le Fort, Silda Cordoliani, Andrea Esteban Carpentier, Luis Arturo Ramos, Isabel Castellanos, Augusto Guzmán Martínez, Melita y Rosalba Guzmán, Sofía Soriano vda. de Guzmán, Carmen Beatriz Ramos Otero, Dra. Perla Rozencvaig, Gracia de Aburto, Dra. Mirta Arlt, Neus Espresate, Luz Bono de Di Benedetto, Gustavo Zalamea Traba, Andrea Lihn Mingram, Camilo Restrepo Guzmán, Luciano Martinis, Eliodoro Yáñez, Sara Luisa del Carril, Dr. Luis Merino Montero, Autilia S. vda. de Alfonseca, Altagracia Alfonseca de García, Muriel A. Alfonseca, Rogelio Sinán Domínguez, Irene Menocal, Ricardo Bada, Ingeniero Marcos Amador, Dr. Jaime Lavado Montes y Erika Seidman.

Nuestro agradecimiento a las siguientes editoriales, agencias e instituciones: Monte Ávila Editores, Caracas, Venezuela; Fondo de Cultura Económica, México; Editorial Universitaria Centroamericana, EDUCA, San José Costa Rica; Ediciones Era, México; Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, Quito, Ecuador; Le Parole Gelate, Roma, Italia; Agencia Literaria Balcells, Barcelona, España; Universidad de Chile, Santiago, Chile.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su inclusión en un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

**CUENTOS
DE HISPANOAMÉRICA
EN EL SIGLO XX**

TOMO II

SUMARIO

CUENTOS DE HISPANOAMÉRICA EN EL SIGLO XX. TOMO II	7
Antonio di Benedetto: <i>Caballo en el salitral</i>	9
Juan José Arreola: <i>El prodigioso miligramo</i>	20
Augusto Monterroso: <i>Leopoldo (sus trabajos)</i>	30
Amparo Dávila: <i>Árboles petrificados</i>	49
Julio Ramón Ribeyro: <i>Las cosas andan mal, Carmelo Rosa</i>	56
Marco Denevi: <i>Descenso a los infiernos de la imaginación</i>	60
Julio Cortázar: <i>Carta a una señorita en París</i>	71
Mario Benedetti: <i>El altillo</i>	81
Luis Rafael Sánchez: <i>Que sabe a paraíso</i>	87
José Donoso: <i>Santelices</i>	94
Carlos Fuentes: <i>La muñeca reina</i>	120
Marta Traba: <i>El edificio</i>	141
Gabriel García Márquez: <i>Un señor muy viejo con unas alas enormes</i>	148
Enrique Lihn: <i>Para Eva</i>	158
Sergio Pitlor Deméneghi: <i>Victorio Ferri cuenta un cuento</i> ..	170
Elvira Orphée: <i>Las viejas fantasiosas</i>	179
Miguel Alfonseca: <i>Los trajes blancos han vuelto</i>	188
Jorge Edwards: <i>Los domingos en el hospicio</i>	200
Alfredo Bryce Echenique: <i>Antes de la cita con los Linares</i>	210
Álvaro Menén Desleal: <i>La hora de los équidos</i>	226
Sylvia Lago: <i>Días dorados de la señora Pieldediamante</i> ...	234
Antonio Skármeta: <i>A las arenas</i>	259
Angélica Gorodischer: <i>De navegantes</i>	286
Reinaldo Arenas: <i>Bestial entre las flores</i>	312

SUMARIO

Marcio Veloz Maggiolo: <i>Carta a un ser imaginario</i>	342
José María Méndez: <i>Amor aniquilante</i>	347
—: <i>Cóctel cianurado</i>	353
Poli Délano: <i>Cambio de máscaras</i>	357
Rima de Vallbona: <i>La tejedora de palabras</i>	379
Antonio Benítez Rojo: <i>Estatuas sepultadas</i>	391
Salvador Elizondo: <i>Anapoyesis</i>	408
Isabel Allende: <i>El palacio imaginado</i>	419
Aída Cartagena Portalatín: <i>En Maginoth: Masquíl de David</i>	436
Juan Aburto: <i>De la inesperada riqueza</i>	442
Mario Levrero: <i>Nuestro iglú en el Ártico</i>	447
Lizandro Chávez Alfaro: <i>Desatar lo atado</i>	470
BIBLIOGRAFÍA POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES	493

ANTONIO DI BENEDETTO
(Mendoza, Argentina, 1922 - 1986)

EXCELENTE narrador cuya cuentística se sitúa entre las mejores de la literatura hispanoamericana en el siglo xx. Su obra —premiada en numerosas ocasiones y traducida a varios idiomas— aportó invenciones narrativas que sólo años después aparecerían en Europa. El vanguardismo de su escritura es creatividad máxima en el descubrimiento de perspectivas narracionales y la genialidad de su obra es apertura a las formas más variadas de las realizaciones artísticas y culturales modernas.

El cuento “Caballo en el salitral”, escrito a fines de la década de los cincuenta, apareció primero en el volumen *El cariño de los tontos*. En la vertiente surrealista de esta narración, un solo cuerpo (caballo y carro) avanza hacia la desesperación. Ni agua ni comida; solamente el cuerpo del caballo y su cargamento como materias de una pintura irreal. La tierra, mientras tanto, succiona violentamente el reclamo de energías que consumidas por la inanición se rinden a esa solicitud. Sistemas de transferencias y transformaciones deciden que el fondo de la muerte sea el saludo a otras vidas y el canto de nuevos seres. Una formidable pintura de la naturaleza proporciona el canto de pinceles y colores que transitan este cuento en una magistral demostración del poderío de la imagen y el rechazo de la abundancia anecdótica.

Además de su labor literaria, Antonio Di Benedetto se dedicó intensamente al periodismo, actividad que llevó a cabo en Argentina y en el extranjero. En 1977 debe salir al

exilio, luego de haber sido encarcelado durante un año por el gobierno militar. Reside alrededor de siete años en España. Un año antes de su regreso a Argentina, en una entrevista con Paloma Recio, le reiteraba a sus lectores que el escritor se comprometía primero al territorio del lenguaje, a su conocimiento íntimo: “el lenguaje abarca todos los niveles de la capa humana, desde el puramente intelectual hasta el sensitivo, es decir, desde grandes ideas a grandes sentimientos. Y para eso es necesaria la posesión de un dominio amplio del idioma... Hay que conocer todos los registros para hacerlo, y si no se posee eso, o incluso si el autor no se da cuenta de que está en posesión de esos elementos, quien viene en su gran ayuda es la intuición”. (*Quimera* 59 [s.f.]: 36). Este dominio de la escritura sería una práctica consistente en la sobresaliente obra de Antonio Di Benedetto.

CABALLO EN EL SALITRAL*

Agosto de 1924

EL aeroplano viene toreando el aire.

Cuando pasa sobre los ranchos que se le arriman a la estación, los chicos se desbandan y los hombres envaran las piernas para aguantar el cimbrón.¹

Ya está de la otra mano, perdiéndose a ras del monte. Los niños y las madres asoman como después de la lluvia. Vuelven las voces de los hombres:

—¿Será Zanni...,² el volador?

—No puede. Si Zanni le está dando la vuelta al mundo.

—¿Y qué, acaso no estamos en el mundo?

—Así es; pero eso no lo sabe nadie, aparte de nosotros.

Pedro Pascual oye y se guía por los más enterados: tiene que ser que el aeroplano le sale al paso al “tren del rey”.

Humberto de Saboya, príncipe de Piamonte, no es rey; pero lo será, dicen, cuando se le muera el padre, que es rey de veras.

Esa misma tarde, dicen, el príncipe de Europa estará allí, en esa pobrecita tierra de los medanales.

Pedro Pascual quiere ver para contarle a la mujer. Mejor

* © Antonio Di Benedetto & Luz Bono de Di Benedetto.

¹ *cimbrón*: cimbronazo, cimbronada; estremecimiento fuerte, vibración.

² *Zanni*: referencia a Pedro Leandro Zanni. Aviador militar argentino (1891-1942). En 1920 sobrevoló los Andes y en 1924 unió en vuelo Amsterdam con Tokio.

si estuviera acá. A Pedro Pascual le gusta compartir con ella, aunque sea el mate o la risa. Y no le agrada estar solo, como agregado a la visita, delante del corralón. No es hosco; no está asentado, no más: los mendocinos se ríen de su tonada cordobesa.

Se refugia en el acomodo de los fardos. Tanta tierra, la del patrón que él cuida, y tener que cargar pasto prensado y alambrado para quitarle el hambre a las vacas. Las manos que ajustan y cinchan dan con los yuyos que han segado en el camino: previsión medicinal para la casa. Perlilla,³ tabaquillo, té de burro, arrayán, atamisque...⁴ Mueve y ordena los manojos y la mezcla de fragancias le compone el hogar, resumido en una taza aromática. Pero se adueña del olfato la intensidad del tomillo y Pedro Pascual quiere compararlo con algo y no acierta, hasta que piensa, seguro: "... éste es el rey, porque le da olor al campo".

¿Eso, el tren del rey? ¿Una maquinita y un vagón dándose humo? No puede ser; sin embargo, la gente dice...

Pedro Pascual desatiende. Lo llama esa carga de nubes azuladas, bajonas, que están tapando el cielo. Se siente como traicionado, como si lo hubieran distraído con un juguete zampándole por la espalda la tormenta. No obstante, ¿por qué ese disgusto y esa preocupación? ¿No es agua lo que precisa el campo? Sí, pero... su campo está más allá de la Loma de los Sapos.

La maquinita pita al dejar de lado la estación y a Pedro Pascual le parece que ha asustado las nubes. Se arremolinan, cambian de rumbo, se abren, como rajadas, como pechadas⁵ por un soplido formidable. El sol recae en la arena gris y amarronada y Pedro Pascual siente como si lo iluminara por dentro, porque el frente de nubes semeja haber reculado para llevarle el agua adonde él la precisa.

³ *perlilla*: planta.

⁴ *atamisque*: variante de *altamisque*; árbol que crece en las llanuras de Argentina.

⁵ *pechadas*: golpe fuerte; en Argentina, arte de derribar una res con el pecho del caballo.

Ahora Pedro Pascual se reintegra al sitio donde está parado. Ahora lo entiende todo: la maquineta era algo así como un rastreador, o como un payaso que encabeza el desfile del circo. El “tren del rey”, el tren que debe ser distinto de todos los trenes que se escapan por los rieles, viene más serio, allá al fondo.

Es distinto, se dice Pedro Pascual. Se da razones: porque en el miriñaque⁶ tiene unos escudos, y dos banderas... ¿Y por qué más? Porque parece deshabitado, con las ventanillas caídas, y nadie que se asome, nadie que baje o suba. El maquinista, allá, y un guarda, acá, y en las losetas de Pórtland⁷ de la estación un milico cuadrado haciendo el saludo, ¿a quién?

La poblada, que no se animaba, se cuela en el andén y nadie la ataja. Los chicos están como chupados por lo que no ocurre. Los hombres caminan, largo a largo, pisan fuerte, y harían ruido si pudieran, pero las alpargatas no suenan. Se hablan alto, por mostrar coraje, mas ni uno solo mira el tren, como si no estuviera.

Después, cuando se va, sí, se quedan mirándole la cola y a los comentarios: “¡Será!...”.

Antes que el tren sea una memoria, llega de atrás el avioncito obsequioso, dispuesto a no perderle los pasos.

Tendrá que arrepentirse, Pedro Pascual, de la curiosidad y de la demora; aunque poco tiempo le será dado para su arrepentimiento.

A una hora de marcha de la estación, donde ya no hay puestos de cabras, lo recibe y lo acosa, lo ciega el agua del cielo. Lo achica, lo voltea, como si quisiera tirarlo a un pozo. Lo acobarda, le mete miedo, trenzada con los refusilos⁸ que son de una pureza como la de la hoja del más peligroso acero.

⁶ *miriñaque*: en Argentina, armadura de hierro que llevan en la parte delantera las locomotoras para levantar obstáculos o hacerlos a un lado.

⁷ *Pórtland*: referencia al cemento de Pórtland cuyo color semeja el de la piedra de las canteras de este lugar

⁸ *refusilos*: relámpagos.

Pedro Pascual deja el pescante. No quiere abandonar el caballito; pero el monte es achaparrado y apenas cabe él, en cuclillas. El animal humilde, obediente a una orden no pronunciada, se queda en la huella con el chaparrón en los lomos.

Entonces sucede. El rayo se desgarrar como una llamara blanca y prende en el alpataco⁹ de ramas curvas que daban amparo al hombre. Pedro Pascual alcanza a gritar, mientras se achicharra. Ruido hace, de achicharrarse.

El caballo, a unos metros, relincha de pavor, ciego de luz, y se desemboca a la noche con el lastre del carro y el pasto que le hunde las ruedas en la arena y en el agua, pero no lo frena.

Clarea en el bajo, mas no en los ojos del animal.

Ha huido toda la noche. Afloja el paso, somnoliento y vencido, y se detiene. El carro le pesa como un tirón a lo largo de las varas; sin embargo, lo aguanta. Cabecea un sueño. La pititorra¹⁰ picotea la superficie del pasto y a saltitos lleva su osadía por todo el dorso del caballo, hasta la cabeza. El animal despierta y se sacude y el pajarito le vuela en torno y deja a la vista las plumas blancas del pecho, adorno de su masa gris pardusca. Después lo abandona.

El cuadrúpedo obedece al hambre, más que a la fatiga. El pasto mojado de su carga le alerta las narices. Hunde el casco, afirma el remo, para darse impulso, y sale a buscar.

Huele, tras de orientarse, si bien donde está ya no hay ni la huella que ayuda y el silencio es tan imperioso que el animal ni relincha, como si participara de una mudez y una sordera universales.

El sol golpea en la arena, rebota y se le mete en la garganta.

No es difícil —todavía— beber, porque la lluvia reciente se ha aposentado al pie de los algarrobos y el ramaje la defiende de una rápida evaporación.

⁹ *alpataco*: voz quechua (vegetal de tierra); planta de la Argentina, conocida también con los nombres *lamar* y *algarrobito*.

¹⁰ *pititorra*: en Argentina, *curucucha* y *cucurucha*; pájaro pequeño de color pardo que anida en los aleros.

El olor de las vainas le remueve el instinto, por la experiencia de otro día de hambre desesperada, pero el algarrobo, con sus espinas, le acuchilla los labios.

El atardecer calma el día y concede un descanso al animal.

La nueva luz revela una huella triple, que viene al carro, se enmaraña y se devuelve. La formaron las patitas, que apenas se levantan, del pichiciego,¹¹ el Juan Calado, el del vestido trunco de algodón de vidrio. El pasto enfardado pudo ser su golosina de una noche; estacionado, su eterno almacén. Muy elevado, sin embargo, para sus cortas piernas.

Muy feo, además, como indicio del desamparo y la pasividad del caballo de los ojos impedidos. Ahí está, débil, consumiéndose, incapaz de responder a las urgencias de su estómago.

Una perdiz se desanuda del monte y levanta con sus pitidos el miedo que empieza a gobernar, más que el hambre, al animal uncido al carro. Es que vienen volteando los yaguarondíes.¹² La perdiz lo sabe, el caballo no lo sabe, pero se le avisa, por dentro.

Los dos gatazos, moro el uno, canela el otro, se tumban por juego, ruedan empelotados y con las manos afelpadas se amagan y se sacuden aunque sin daño, reservadas las uñas para la presa incauta o lerda que ya vendrá.

El caballo se moja repentinamente los ijares y dispara. El ruido excesivo, ese ruido que no es del desierto, ahuyenta a los yaguarondíes, si bien eso no está en los alcances del carguero y él tira al médano.

La arena es blanda y blandas son las curvas de sus lomas. Otra, de rectas precisas, es la geometría del carro que se esfuerza por montarlas.

Sin embargo, en esa guerra de arena tiene un resuello el animal. Ofuscado y resoplante, tupidas las fosas nasales, no ha sondeado en largo rato en busca de alimento, pero el

¹¹ *pichiciego*: variante de *piciciego* y *pipiciego*; especie de armadillo muy pequeño cuyo cuerpo no alcanza a quince centímetros de largo.

¹² *yaguarondíes*: tigrillo; especie de gato montés.

pie, como bola loca, ha dado con una mancha áspera de solupe. La cabeza, por fin, puede inclinarse por algo que no sea el cansancio. Los labios rastrean codiciosos hasta que dan con los tallos rígidos. Es como tragarse un palo; no obstante, el estómago los recibe con rumores de bienvenida.

El ramillete de finas hojas del coirón¹³ se ampara en la reciedumbre del solupe y, para prolongar las horas mansas del desquite de tanta hambruna, el coirón comestible se enlaza más abajo con los tallos tiernos del telquí de las ramitas decumbentes.¹⁴

El olor de una planta ha denunciado la otra, mas nada revela el agua, y el animal retorna, con otro día, hacia las "islas" de monte que suelen encofrarla.

Un bañado turbio, que no refleja la luz, un bañado decadente que morirá con tres soles, lo retiene y lo retiene como un querido corral.

Las islas y las isletas se pueblan de sedientos animales en tránsito; disminuye su población cuando unos se dañan a otros, sin llegar a vaciarse.

El caballo se perturba con la vecindad vocinglera y reñidora, aunque nadie, todavía, se ha metido con él. Un día guarda distancia, condenándose al sol del arenal; al otro se arriesga y puede roer la miseria de la corteza del retamo.¹⁵

De las islas se suelta la liebre. Ahonda su refugio el cuye.¹⁶ El zorro prescinde de su odio a la luz solar y deja ver a campo abierto su cola ampulosa detrás del cuerpo pobrete. Únicamente en el ramaje queda vida, la de los pájaros; pero ellos también se silencian: viene el puma, el bandido rapado, el taimado que parece chiquito adelante y crece en su tren trasero para ayudar el salto.

No busca el agua, no comerá conejos. Desde lejos ha

¹³ *coirón*: planta gramínea de América del Sur.

¹⁴ *decumbentes*: que se dirigen hacia abajo y hacia fuera, por efecto de la inclinación.

¹⁵ *retamo*: árbol de unos ocho metros de alto, y medio de grueso cuya madera es dura y de vetas hermosas.

¹⁶ *cuye*: conejo.